

tremos devotos en los vestíbulos del Templo, fijando bien nuestra mente y nuestra fantasía en la contemplación de esos dos seres, que van á ser los instrumentos privilegiados de los más amosos designios, de las más estupendas maravillas.

Yo temo casi profanar en algún modo las grandezas morales de la Virgen de Judá, deteniéndome á descubrir sus perfecciones físicas; pero la imaginación y el espíritu no pueden menos de deleitarse en ponderar tanta hermosura y tantas gracias. Una Doncella de catorce años, de los cuales ha pasado once en el retiro y en la vida del templo, es siempre interesante y dulce para un corazón sensible, para un alma sencilla (1); y si esa niña es esbelta y gentil como las palmeras de Edom; si su frente es graciosa, sus ojos radiantes y ligeramente azules como el espacio; si su boca es perfecta, y rojos sus labios, y blandos sus cabellos, y blanco su rostro, y delicadas sus manos, y distinguido su porte, y serena su mirada, y dulce su sonrisa, y armonioso su acento, ella habrá de atraerse con suavidad irresistible la simpatía y el afecto de todos cuantos contemplan tan singulares dotes. ¡Oh! No creáis, hermanos míos, que sea yo el revelador de estos indescriptibles encantos: son San Epifanio, Nicéforo y Gregorio de

---

(1) S. Epiphani.: *De Laudibus B. Virgin.*—Frombelli: *Iconograph. B. Virgin.*

Nacianzo, que han recibido retrato tan precioso de testigos fidedignos y de venerandas tradiciones (1); y si de estas bellezas naturales queremos pasar á la gloria y á la hermosura interior con que se halla enriquecida aquella hija de Reyes y de Sacerdotes de la antigua Ley, se nos alcanzará bien pronto que no serían bastantes ni la inteligencia humana, ni la inteligencia de los espíritus puros, para revelarlas cumplidamente, y sólo podemos deducir de tan raro candor, de tan inimitable modestia, de tan profunda sabiduría, de caridad tan ardiente, de humildad tan pasmosa, de tan edificantes palabras, que en aquel cuerpo virginal penetraban torrentes de luz divina; que María era llamada, con propiedad perfecta, la primogénita de todas las criaturas; que era la compañera de los Angeles antes de ser su Soberana; que era la Estrella del mundo y la bien amada del Todopoderoso.

Tal es la desposada: ¿cómo es el hombre justo que va á compartir con ella sus destinos? ¡Ah, Señores! Lo que las Sagradas Letras no indican, lo que los mismos Santos Padres no expresan circunstanciadamente, acerca de las cualidades físicas del Esposo de María, nos lo ha revelado el arte con pormenores que encantan. Todos los grandes genios de la pintura y la escultura han

---

(1) Nicephor: *Hist. Eccl.*, lib. II, cap. 23.—S. Greg. Naz., *Serm. 11.*

representado á José como á quien tiene en su mente y en su corazón las alegrías de la visión beatífica, como á un ángel que mora entre los hombres; pero nadie como Murillo, el artista por excelencia de la Sagrada Familia, supo poner en el rostro de José el sello de lo sobrenatural, impreso en los seres más escogidos de la tierra, los resplandores de lo infinito reflejándose en la sonrisa de una criatura humana. Y si en el Esposo de la Virgen María la natural belleza es acabada, el alma es recta y purísima; si la paternidad legal es notoria, el cielo conoce bien la virginidad del Justo; si José es el artesano de Galilea, David es su ascendiente, y por David es el heredero de su trono; si José es el padre adoptivo de Jesús, él está encargado por el Padre Celestial de representar su autoridad y su Providencia cerca de la humanidad de Cristo.

La Iglesia, Señores, ya sea por esas delicadezas sublimes de los corazones puros, que piden siempre al lenguaje humano sus frases más espirituales y más púdicas, ya quizá por seguir las huellas tiernas y piadosísimas de los Santos Padres, que llamaron constantemente á José y á María «los dulces desposados,» ha querido juntar en una Festividad única las dos solemnes escenas de aquella unión sobrehumana; más el pensamiento y el espíritu, siguiendo la exacta cronología de tan hermosas vidas y tan embelesadores instantes, complácense en asistir á cada uno de aquellos

distintos cuadros, llenos ambos de inenarrables atractivos.

Estamos, pues, Señores, en el Templo de Jerusalén; y en los solemnes esponsales de José y de María veremos aquel prólogo bellissimo de tan seductoras nupcias, prólogo cuyos portentos cautivaban el espíritu de San Epifanio y San Jerónimo. Si, como escriben algunos Santos Padres, José es elegido por la suerte para tan alto destino, en verdad que la Providencia del Señor dignóse confirmar aquella elección feliz con arrebatadores prodigios. La vara de José, cortada de un almendro frondoso y colocada con otras en el templo, se ha cubierto repentinamente de flores; y una blanca paloma desciende hasta colocarse sobre la cabeza del justo, al modo que en la Nueva Ley sucedería muchas veces con la designación de los Pontífices Romanos, Vicarios de Jesucristo. Aquella unión parece un vínculo celeste, y no hay allí circunstancia que no cautive la inteligencia; no hay pormenores que no conmuevan el alma. En las alturas de la Gloria, la imaginación cree divisar á la Trinidad Augusta que asiste y que preside á aquel acto incomparable: en el Templo está el gran Sacerdote, bendiciendo la promesa de los venturosos desposados; y seguramente los ángeles, volando en todas direcciones, sonrían al contemplar tanta grandeza y tan encantadoras hermosuras. María anhelaba conservar el más airoso capullo de los pudores de

una doncella santa, las virginidades todas del ser; José anhelaba asimismo ceñir y conservar esa diadema brillante; y acaso fuerón algunos de aquellos espíritus purísimos los que calmaron las inquietudes de los dulces esposos con íntimas revelaciones. ¡Ah, Señores! La Virginidad desposada con la Virginidad, para ser Madre de la Humanidad más fecunda, tal es el inconcebible portento que se digna realizar la Omnipotencia del Señor, para que sea ejemplo y modelo de los amores legítimos y edificantes, para estrechar y fortalecer los corazones en el hogar de la familia con los sentimientos de la virtud y del deber, llevados hasta las cumbres de la perfección cristiana. Y por esto los mundos sobrenaturales, el testimonio evidente de los cielos, han querido rodear con todos sus esplendores á José y á María, seres privilegiados que aciertan á fundir, como en crisol ardiente y misterioso, sus firmes voluntades con la gracia divina, y cuya mayor y más intensa dicha habría de cifrarse siempre en ser los instrumentos elegidos para la más grande obra de la Sabiduría Increada y de la Misericordia Infinita.

Estos son los esponsales, Señores. Y á esas estupendas maravillas que presenció el Templo de Jerusalén sucedense las interesantes ceremonias de las nupcias israelíticas; es decir, el lazo fuerte y perfecto, que estudiaron en inimitables páginas San Agustín y San Ambrosio; la fusión, tan ideal

como real, de dos corazones y dos almas que saben bien, por superiores revelaciones, que sólo se unen y se identifican para fines providenciales y para regeneraciones sublimes.

Y entonces, hermanos míos, será la ciudad de Nazareth el lugar escogido para presenciar la continuación de tan faustos sucesos. Los escritores eclesiásticos han descrito muy detenidamente, con particularidades tomadas de las tradiciones rabínicas, aquellas ceremonias tan proverbiales y amadas entre las familias bíblicas, entre los hijos, sobre todo, de los grandes Patriarcas. Aquel anillo dado á la esposa por el esposo, precioso símbolo de concordia y de perdurable ternura; aquellas maravillosas músicas del pueblo hebreo, tan célebres como las de Babilonia y Asiria; aquel numeroso cortejo que acompaña al desposado, compuesto de los más tiernos amigos de su infancia y de su adolescencia; aquellas doncellas pudorosas, de que todavía nos habla el Evángelio cristiano, que sostienen la lámpara encendida, significación de amores puros y constantes; la corona de naturales flores que ciñe las sienes de ambos desposados; aquel vestido de púrpura con que se adorna la esposa, y el largo y trasparente velo en que se envuelve; y aquel limpio dosel que cubre á los esposos; y el Doctor de la Antigua Ley, con sus amplias vestiduras y su continente severo; y los labios todos, en fin, bendiciendo á los contrayentes: todo esto viene á

formar un conjunto tan deslumbrador y magnífico, que cautiva y que subyuga. Sin duda que en el enlace de la Virgen de Judá con el descendiente de David todo fué, sin embargo, ejemplarmente modesto y de sencillez encantadora; pero, en cambio, los personajes que acompañan á José y á María fueron las almas más elevadas de la Antigua Alianza, corazones nobilísimos que se contaron también como las primeras figuras del Testamento Nuevo, por ser parientes y amigos de la Sagrada Familia, y testigos muchos de ellos de la Vida, la Muerte y la Resurrección del Salvador del mundo.

Señores: Desde este instante venturoso queda abierto para la humanidad el libro de una Era bendita y regeneradora, mostrándose especialmente enriquecido y purificado por ambientes de salud y de gracia el hogar nuevo que va á suceder al viejo hogar, vergonzosamente deshonrado en las naciones paganas, sin su primitivo brillo y hermosura en la nación hebrea. En ese hogar ennoblecido y transfigurado ha de tener su cuna el Hijo del Dios Eterno, Rey de todos los Reyes, Señor de todos los que dominan, no obstante ser el más pobre entre los pobres de la tierra, y el dulce amigo y compañero de todos los infortunados. Los misterios de aquellas supremas horas, eternamente previstas y de muchos siglos preparadas, no eran aún conocidos de los testigos que presenciaron la conmovedora escena; pero los

mundos invisibles, ya en las esferas de la gracia ya en los secretos de la naturaleza, debieron saltar de júbilo ante el espectáculo de tan inconmensurables portentos y de tan inefables dulzuras, ante la dignidad sobrehumana y el destino de bendición y de gloria de aquellos seres piadosos. Los cielos se prosternaron ante su Reina, reconociendo en María á la Madre del Verbo Divino, por quien todo fué creado, y los astros de luz avivaron sus resplandores, y los montes inclinaron sus cúspides, y los valles hermosearon sus plantas, y exhalaban su más grato perfume las rosas y los lirios; y todo cuanto en el universo crece, vive y alienta, concurre para cantar y bendecir aquellas indefinibles grandezas, que ni habían tenido precedente, ni habían de tener semejante en la sucesión de todos los siglos.

Y he aquí el Espíritu del Señor, los carismas del Consolador Celeste, el exordio del Matrimonio cristiano, que tan poderosamente ha de influir en la vida de las sociedades; la unión bendita, dotada, acaso, ya con todas las gracias del futuro Sacramento, por la Providencia de Dios y por la Caridad de Cristo. La paternidad humana, formada bajo la palabra imperativa del Omnipotente, lo hemos dicho, fué siempre grande y noble, aun en los pueblos alejados de las verdaderas tradiciones; mas cuando la Trinidad de los Cielos ha tenido en Nazareth la más cumplida representación que de la virtud creadora pudiera ofrecer la

tierra, los seres que la paternidad debía traer á la vida estaban dignificados por la pureza del corazón y por la santidad del ejemplo; y, mejor aún que las generaciones castas mencionadas en el libro de los *Proverbios* (1), sólo tendrían para sus padres amor y bendiciones. Si la institución del Matrimonio había sufrido pavorosos eclipses, hasta el punto de que nos aterran á veces los horrores y las degradaciones del hogar en las sociedades paganas, Dios quiso ahora rodearlo de excelencias desconocidas; y Jesús, naciendo de la Virgen María, pero siendo el Verbo Consubstancial al Padre por su única Personalidad Divina, se ha complacido en extender á todo el linaje humano las grandezas y las ternuras de su humilde morada, instituyendo aquel gran Sacramento, cuya alteza y cuyos beneficios y consolaciones ensalzó, con voz tan sonora y penetrante, el Apóstol de las Gentes (2).

Sí, hermanos míos: imagen y destello de la Generación Eterna, y de la difusión de la verdad y de la caridad de Cristo en la vida, el Matrimonio de la Nueva Ley irá purificando la atmósfera viciada de los pueblos gentiles; y su dulce y bienhechor influjo ganará rápidamente las inteligencias y los corazones de los sabios y de los poderosos. Las legislaciones se harán, casi de súbi-

(1) *Sap.*, IV, 1.

(2) *Ephes.*, V, 32.

to, suaves y compasivas, y no oprimirán ya con vínculos de hierro, sino con lazos de piedad y de justicia, la maternidad y la filiación humanas. El hombre verá asimismo en la mujer á la compañera de su vida, y en el hijo al tierno pedazo de sus entrañas; y será siempre su protector y su amparo; y, á su vez, estos dos seres, hasta entonces tiranizados y oprimidos, serán respectivamente el sacerdote y el ángel en el seno de la familia: el sacerdote que reconcilia y perdona, el ángel mensajero de sonrisas y júbilos, prenda del necesario descanso en la vejez, y de paz y reposo en el último suspiro.

Seguir las gradaciones de regeneración y de honor en el hogar cristiano, y examinar las evoluciones del Derecho respecto de la familia, hasta llegar á los Códigos admirables del décimotercio siglo, es estudio que recrea el entendimiento y que conforta el ánimo. Lo más inculto y rudo, lo más violento y temible en aquellas tan discutidas edades, era, sin duda alguna, el guerrero; y el guerrero fué el ser más tiernamente apasionado de la mujer cristiana. Por ella combatía, por ella oraba, por ella era generoso y magnánimo, por ella perdonaba clementemente al vencido. Y con este enaltecimiento y este amor de la familia elevóse y santificóse el amor de la patria; y con los hijos obedientes y castos se formaron los caudillos intrépidos; y si la virginidad corporal solía correr presurosa á hacerse un cielo de los desiertos y de

los claustros, á transformar en angélica la naturaleza humana, y en el hogar del pobre, en el hogar del rico, en el hogar de los Soberanos se anidaban la castidad conyugal, la virginidad del corazón, el espíritu de todas las misericordias, bienes inestimables que templaban y refrigeraban aquellos intensos ardores de los torneos y las batallas, como saludables brisas de lenidad y de pureza. ¡Ah! Si el padre cristiano, si la madre cristiana, si el hijo de la familia restaurada por el Evangelio, hubieran sido siempre lo que la doctrina de Cristo, lo que la moral de la Iglesia de Cristo han querido, han anhelado que fueran, entonces la dicha y la abundancia serían el patrimonio perenne de los sociedades; y ni la ambición, ni el orgullo, ni la envidia, ni el odio, habrían diezmado las generaciones, ni alterado la tranquilidad de las ciudades y los reinos, ni detenido y bastardeado la verdadera civilización del mundo.

¡Oh Dios mío! ¿Por qué ese Sacramento excelso de tu sabiduría y de tu amor había de ser profanado por los insensatos extravíos de la voluntad humana? ¿Cómo el resorte eficaz de tantas energías, el secreto de tantas resignaciones, el estímulo de tantas virtudes, el tesoro de tantos suaves amores, el consuelo y la recompensa de tantos ignorados sacrificios, pudo ser en tiempo alguno desconocido y desdeñado de los individuos y los pueblos? ¡Ah, Señores! Los hábitos

envenenados del error, el embate de todas las concupiscencias, pasaron más de una vez sobre esa institución sagrada; pasaron con Basíldes, con Marción y Manés en los primeros siglos; pasaron con la sensualidad del Islamismo, con la relajada moral del Albigense y el Valdense y con los delirios de los Fratricelos y Lolardos; pero fué la herejía protestante la destinada á poner fría y calculadamente en ella su mano aleve y sacrílega. Siendo el más hermoso oficio de ese signo sobrehumano regular, idealizar, santificar los afectos legítimos del ser inteligente y libre, el Protestantismo comenzó, con las veleidades crueles, con los antojos lascivos de un Rey falsamente devoto, á hacerle servir á la causa de sus odiosas pasiones y al desenfreno de los sentidos. En la familia protestante habrá amor verdadero, habrá honestidad de vida, habrá espíritu de abnegación, habrá centellas de ternura indecible; pero el horrible ejemplo que vino de las alturas del Trono había de ser fecundo como las malas hierbas de las praderas y de las campiñas. La familia de la iglesia reformada no es, no puede ser nunca la familia de Nazareth. El padre comienza ya á asemejarse al jefe rígido y absoluto de las antiguas legislaciones; el hijo no posee todo entero á Jesús, porque está privado de las delicias del Tabernáculo eucarístico; la esposa y la madre no se hallan amparadas por la influencia bendita de la maternidad de María, por el mágico